

patria una heroica hecatombe — acaso inútil sacrificio — y para sus enemigos poderosos, impune y acertadísimo cañoneo!

Vino la noche. El general Taylor retiró hacia el campamento de sus reservas las fuerzas de su línea activa parapetándose tras el espeso reducto que hubo de improvisar con sus centenares de carros, no escaseando tupidos cordones de centinelas entre los atrinchamientos de sus grandes guardias, en tanto que el general Arista retrocedía también de aquel sombrío campo de batalla, tan copiosamente abonado con sangre mexicana.



II

LA RESACA DE GUERRERO

Al amanecer del día 9 de Mayo, las fuerzas mexicanas que habían acampado la noche anterior en la colina que quedaba á la derecha del campo de batalla de Palo Alto, se retiraron por el camino de Matamoros, sosteniendo esta contramarcha una sección mixta al mando del general Ampudia, la que permaneció frente al enemigo, que no se movió de sus posiciones en el instante.

El general Taylor después de la batalla había reunido en su campo una junta de guerra para decidir de las operaciones que debían seguir después del choque con las fuerzas mexicanas, prevaleciendo entre sus oficiales la opinión de que debían atrincherarse en Palo-Alto ó retroceder al *Frontón* en espera de refuerzos. ¡Tal había sido el brío y la bizarría que habían demostrado nuestros pobres soldados bajo el terrible fuego de las baterías americanas en aquella para ellos tan sangrienta jornada!

¡Ah! si el general Arista en vez de haber dejado inmóvil horas enteras su línea de batalla ante el

plomo y la muerte que el enemigo impunemente prodigaba hubiese dado oídos al valor y al denuedo nuestras tropas que pedían á gritos cargar á la bayoneta habrían acaso llegado hasta aquellos malditos cañales dando un giro decididamente triunfal á la batalla.

Si ésta quedó indecisa haciendo estéril tanta bravura fué por haberse obstinado el jefe mexicano en su primitivo, ignorando el axioma táctico elemental que las disposiciones primeras del combate se modifican según las circunstancias y los movimientos de actitud imprevista del enemigo.

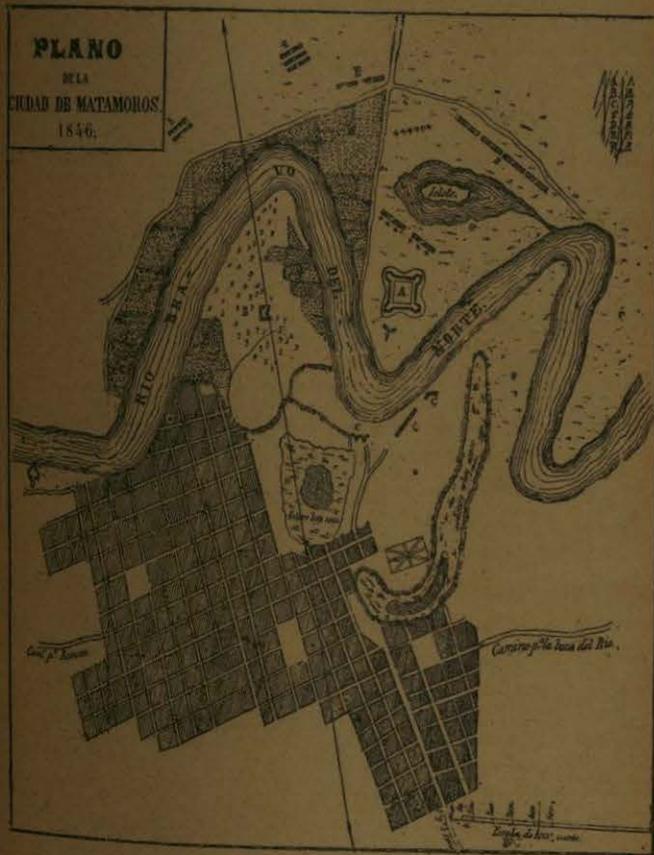
Por infructuoso que hubiese resultado el ataque desde un principio, no habría sido mayor el número de víctimas nuestras, y sí muy considerable las del adversario, lográndose siquiera que los soldados mexicanos tuvieran la satisfacción y el marcial consuelo de caer combatiendo, de morir matando, de que sólo su sangre hubiese empapado el campo!...

El general Taylor optó por seguir adelante en la persecución del ejército mexicano. Así se ejecutó, dejando en Palo Alto su tren de carros escoltado por la primera brigada y 4 piezas de artillería, partiendo por una fuerte y ligera descubierta de cerca de 600 dragones, cazadores y rifleros, descubierta avanzó cautelosamente por los flancos del campamento atravesando por entre espesos chaparrales.

El ejército mexicano había acampado en una franja poco profunda que atraviesa el camino transversalmente, limitada en sus extremos por terrenos boscosos y charcos de aguas estancadas.

Los batallones de Zapadores, 6º de línea, 10º y

infantería, y 2º ligero se colocaron á la derecha del camino, y á la izquierda el batallón y compañía guarda



costa de Tampico; á retaguardia de la derecha se situó el 4º batallón y cubriendo el flanco izquierdo al regimiento de Canales con dos piezas de artillería. Á la extrema retaguardia, como á 300 metros, se instaló la

caballería sobre el camino, colocándose el parque y los trenes á su izquierda, en medio de un bosque.

Como se puede observar por lo anterior, y la simple inspección del plano respectivo, la izquierda es notablemente débil siendo por otra parte flanqueable, y precisamente tras ese mismo extremo se instalaron los trenes y parques.

Inmediatamente que se acampó, el general Arista, que no creía ser atacado ese mismo día, ordenó que la artillería desenganchara y la caballería quitase hasta las bridas á sus caballos.

El adversario en tanto avanzaba sobre nuestra posición, decidido á atacarla si la encontraba en circunstancias favorables para ello.

Á las dos y media de la tarde, sus avanzadas empezaron á hacer un audaz reconocimiento acercándose mucho á nuestra izquierda. Fueron recibidas á cañonazos, lo que las obligó á replegarse hasta fuera de tiro, haciendo alto para esperar al grueso de las fuerzas americanas.

Advertido el general Arista de la proximidad del enemigo, no dictó providencia alguna para recibirlo, obstinándose en creer que no lo atacaría.

Á las cuatro y media de la tarde, el general Taylor hizo cargar á sus fuerzas sobre nuestra izquierda apoyadas por una batería situada á un lado del camino.

Todavía á la noticia de este ataque, que fué repelido durante breve tiempo por nuestra batería y las escasas tropas de la izquierda, y no obstante el estruendo del cañoneo y la fusilería, siguió empeñándose el general Arista en que aquello no era sino una escaramuza de reconocimiento; pero precisamente en aquel instante, un regimiento de dragones americanos cargaba al

galope sobre la batería de la izquierda, apoderándose de ella. El general Díaz de la Vega acudió con un batallón de 2.^o línea á rechazar el asalto, trabándose una encarnizada refriega en la que nuestros infantes arrebataron los cañones que había tomado el enemigo. Entran entonces en combate otros regimientos americanos á los que se opone el 2.^o ligero, y las compañías de cazadores del 4.^o, y del 6.^o, cuyos capitanes hacen prodigios de valor, animando á su tropa á resistir á fuego y bayoneta.

Los valientes oficiales mueren frente á los contrarios que todo lo arrojan apoyados por sus cañones y al empuje de su poderosa caballería. Esta, al fin penetra en la barranca introduciendo el desorden y rebasando luego la izquierda va á apoderarse de los bagajes, trenes y parques que no ha habido tiempo de retirar.

Mientras tanto, todos los cuerpos de la derecha encajonados en la cavidad de la barranca, han permanecido intactos, pero han escuchado el fragoroso y repentino estruendo de la lucha, del choque de todo el ejército enemigo que ha caído sobre el ejército mexicano acuchillándolo dentro de aquella barranca como en una trampa... ¡Y el general Arista, el general en jefe que con su adversario encima no ha salido de su tienda! ¡Atroces momentos!

Entonces fué cuando en medio de aquel combate desigual, de aquel acuchillamiento feroz de nuestra izquierda, entonces fué cuando surgió al fin de todos los pechos el grito, el eterno grito de los vencidos por la ineptitud ó la envidia recíproca de los jefes, el grito de « traición »....

— ¡Traición! — ¡Traición! — clamaron entonces nuestros soldados y todos los batallones de la derecha

que no habían combatido aún, todos aquellos valientes cuerpos tan dispuestos antes á la lucha sangrienta y horrible, á la abnegación, al sacrificio y á la muerte despechados, llenos de odio hacia los miserables que así los vendían y los entregaban al enemigo para que los acuchillara á su gusto, sabiendo que todo era inútil se desbandaron en un instante, echando á correr por entre los matorrales y los arbustos, rumbo al río. ¡Bravo... ¿Á qué combatir; á qué pelear hasta la muerte si de nada serviría su heroísmo, si de todos modos la traición los había de entregar á sus enemigos?...

¡Muy tarde llega á comprender Arista toda la vanidad del ataque á fondo de Taylor! Sale frenético de su tienda, cuando ya todo es desorden y confusión, cuando la muerte y la derrota están ya en su campo.... Monta á caballo y corre á ponerse al frente de la caballería que ha permanecido también intacta é inútil en aquel terreno tan impropio para sus maniobras; la arena rápidamente conteniendo un principio de desmoralización; luego se lanza á cargar con denuedo sobre los cuerpos enemigos que ya ocupan la barranca y los bosques laterales del camino; pero desde allí los infantes americanos hacen un fuego certero y terrible sobre nuestros bravos jinetes que son fusilados á quemarropa, sin la dicha de que el hierro de sus lanzas se enrojeciera en enemiga sangre.

Todo es ya inútil, la derrota se ha consumado; ahora es preciso hacer la retirada de las tropas lo menos desastrosa posible.

En todas direcciones huían los soldados buscando el río para pasarlo á todo trance y escapar de la persecución del tan fácilmente victorioso Americano.

El general Arista, con la caballería, atravesó por

villa de Ampudia; el general Canales con su regimiento, gran número de dispersos y dos piezas de artillería, pasa un poco más arriba, en tanto que algunos valientes jefes forman en batalla los cuerpos menos desmoralizados para resistir al enemigo si intenta una activa persecución, sosteniendo la retirada del resto de las dispersas tropas mexicanas. Mas por fortuna el general Taylor se dió por satisfecho con tan inesperado y completo triunfo, no ordenando acometida alguna sobre los fugitivos, acaso por encontrarse muy maltratada su caballería y también el temor de que la nuestra que en gran parte no entró en combate y que se había retirado con todo orden, hiciera una vuelta ofensiva.

Tal es á grandes rasgos la fatal jornada de la *Resaca de Guerrero*. En ella se presenta un lúgubre cuadro en que aparece sombríamente la más siniestra de las derrotas después de un ataque de fuerzas potentes y bien dirigidas hacia el extremo de un campamento apenas defendido.... Allí se vé el sable norte-americano pesado y filoso, hiriendo á mansalva los batallones mexicanos tras algo como una sorpresa inaudita!...

¿Qué sucedió allí con nuestras pobres fuerzas mexicanas poco antes tan heroicas y dispuestas al combate?... ¡Cómo! ¿Qué no hubo en esa lucha como en la de *Palo-Alto* el despliegue airoso de las banderas y estandartes, en tanto que el fuego de las baterías diluía el hierro sobre nuestras filas?... ¿No se prodigó el sacrificio, la abnegación y la sangre?... ¿Por qué la más funesta catástrofe y el más inconcebible pánico vuelven á dar á nuestro ejército el latigazo de la derrota?...

Ya lo hemos apuntado con profunda tristeza : es la

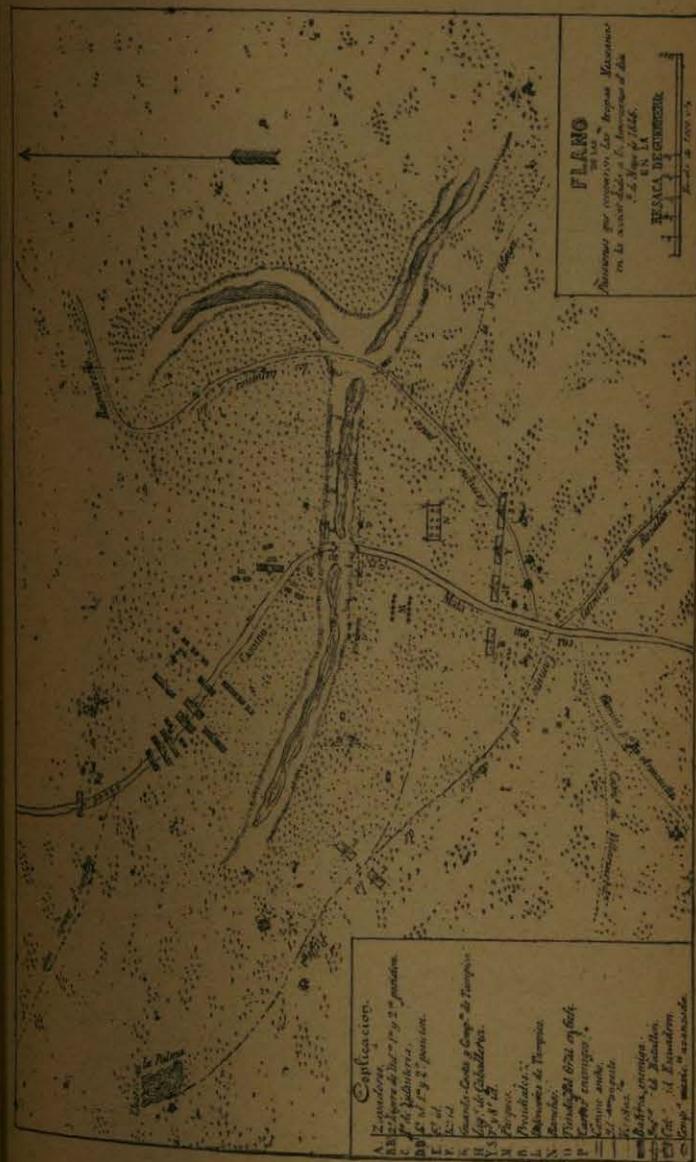
discordia odiosísima, la falta de confianza en los jefes y el abatimiento de las tropas despreciadas, lo que produjo el total desastre, originadas estas circunstancias á su vez por la ineptitud de los generales, por horribles rivalidades, criminalísimas, y como siempre la falta de cohesión en sus operaciones, aparte de la fatuidad ostentosa, indisculpable en un militar, creyendo ellos entonces que serian inatacables por un enemigo que desconocian, ignorando en lo absoluto todos los elementos de defensa y ataque y toda la energía y presteza de las maniobras que sabian ejecutar, contando además con excelente armamento y jefes diestros y unidos que obraban siempre con decisión y rapidez. Porque en verdad estaba perfectamente organizado el ejército adversario.

Y esta ignorancia, esta falta de datos acerca del enemigo, sumada con las anteriores cantidades, produjeron el fatal resultado de la derrota de la *Resaca de Guerrero*!

¡Y qué terribles iban á ser las consecuencias de este catástrofe!...

Nunca los generales mexicanos de entonces pudieron adivinar la tremenda significación de sus derrotas y de aquellas rivalidades, acostumbrados como estaban á que fuesen puestas á precio sus espaldas por las ambiciones políticas, cual si se estuviera en un irrisorio feudalismo. No, nunca pudieron creer que todas sus misérias estallando frente al enemigo en la hora de la contienda, habrían de acarrear por las menguadas envidias los horrendos desastres de esta malhadada campaña!

La noticia de la derrota de Arista en la *Resaca de Guerrero* repercutió funebremente en los ámbitos



CAPILLA ALFONSO DE BOURBON

la República, llevando la consternación y el desaliento á los espíritus más levantados, á las almas más encharnadas con el ensueño de rápidas y brillantes victorias que habrían de cubrir con laureles frescos nuestras hermosas banderas tricolores!

Ya desde entonces, el entusiasmo y el orgullo que alentaba la Nación creyéndose inatacable, ufana con las pasadas glorias de nuestra Guerra de Independencia, sufrió una crisis de abatimiento previendo las futuras catástrofes...

Y esa crisis en forma de pánico cundió en las filas del ejército, de aquel valiente *ejército del Norte* del que ya en plena desmoralización, vencido, derrotado, hambriento y sin confianza en sus jefes, nada podía esperarse.

Y en efecto, nada más desolador que el espectáculo que las tropas mexicanas presentaban en la ciudad de Matamoros días después de las funestas jornadas de *Palo-Alto* y la *Resaca de Guerrero*.

Allí las hizo acuartelar malamente, amontonadas y maltrechas, el general Arista frente á las robustas huestes enemigas que más y más sólidamente engrosadas, se instalaban fuertemente tras de seguras posiciones á la margen opuesta del río Bravo, amenazando pasarlo para asaltar la plaza.

Arista no creyó prudente resistir en aquella villa que tan fácil era para embestirse y más aún por un ejército victorioso, sólido y confiado en la voluntad de jefes inteligentes y veteranos. En vano el general mexicano trató de arreglar un armisticio con Taylor; éste se negó á concederlo y no hubo más remedio que evacuar Matamoros, entregando la plaza á merced del enemigo que habría de pasar el río muy tranquila-

mente yendo sus tropas como de paseo, sin recibir un solo cañonazo de los tristes y abandonados reductos mexicanos.

El día 18 de Mayo, dió principio la funesta retirada de nuestro abatido *ejército del Norte* dejando en Matamoros equipajes, depósitos, parque inutilizado, armas destruidas y unos 400 heridos, abandonados á la generosidad del adversario, que ocupó al punto la plaza.

Nada más desastroso, ni que tanto partiera el alma, que el aspecto que presentaban las tropas mexicanas en aquella retirada tristesísima.

Más de 4000 hombres semidesnudos, enfermos unos, macilentos otros, todos extenuados por las fatigas y el escaso y pésimo rancho, llevando en su corazón el más profundo desaliento y la más negra tristeza, con la vergüenza de las derrotas pasadas y el atroz presentimiento de las futuras, marchaban en informe columna, baja la cabeza, inundando con sus masas los caminos que se internan en los desolados campos que se extienden entre Matamoros y Linares.

Abria la marcha el general en jefe con la 2ª brigada de infantería, la artillería y las carretas del parque tiradas por bueyes; seguía la 1ª brigada de infantería, cubriendo la retaguardia la caballería. ¡Ah! para mayor mengua de muchos de aquellos jefes, tenemos que consignar que, « *mientras un acopio considerable de parque quedaba abandonado; mientras se dejaban clavadas las piezas de artillería; mientras los infelices soldados tenían que ir cargando los calderos en que habían de hacer sus comidas, hubo varios generales que llevaban muchas mulas de carga con sus trenes, sus equipajes y cuanto podía servir para su comodidad y recreo!*... »

El día 19 se llegó al punto del Ebanito, donde se le dio noticia de que 300 caballos americanos habían sido muertos en persecución del ejército, tomándose las precauciones necesarias para evitar una sorpresa. Las jornadas siguientes fueron más y más penosas por la falta de viveres y sobre todo, de agua, y aunque el día 20 cayó un gran chubasco, esto aumentó la fatiga del soldado por haberse inundado los caminos y tener que atascarse las columnas en el fango. El parque de la artillería tuvo que ocultarse en los bosques por falta de animales de tiro; la caballería fue reduciendo sus caballos y los jinetes tenían que seguir a pie cargando sus monturas. Los infantes más robustos conducían á mano la artillería...; Ya podrá imaginarse lo que sería aquel ejército, atravesando jadedos y sediento, desnudo y exhausto, aquellos desiertos que pudo destruirlo el general Taylor si emprendiendo una buena y fuerte caballería una activa persecución de la era de su deber hacerla, militarmente hablando.

El 28 de Mayo se llegó por fin á Linares, y el 30 de Junio se recibía la orden de separación del mando del general Arista, quedando nombrado en su lugar el general Francisco Mejía.

Había terminado la primera etapa de la campaña: en 9 ó 10 días habíamos perdido dos batallas y una importante plaza.

He aquí para terminar el sombrío cuadro que tanta amargura esbozamos, lo que acerca de esto dice un juicioso * historiador testigo de la enorme tragedia.

« En tan breve campaña quedaban ya contrapuestos y determinados los principales rasgos característicos

* José Maria Roa Bárcena.

de ambos combatientes, así como su organización y sus elementos de ataque y defensa. El invasor fuerte ya por la superioridad física de su raza, lo era aún más por la superioridad indisputable de su armamento en general, por lo numeroso y potente de su artillería y de sus caballos, por el arreglo y precisión de su parque, la abundancia de sus viveres, el completo y esmerado servicio de sus trenes y ambulancias, la rapidez é impetuosidad de sus movimientos y la subordinación y la confianza de la oficialidad respecto de sus jefes. En nuestras filas el valor y la decisión eran iguales ó superiores; mas la mutua confianza no existía entre jefes y oficiales; el armamento era antiguo y defectuoso; poca y de cortísimo alcance la artillería; casi del todo inútil la caballería; lentos y pesados los movimientos, ocasionando esto en los combates gran pérdida de vidas; por último, se carecía casi por completo de ambulancias, depósitos de viveres y todo lo necesario al buen servicio de un ejército en campaña. Cuando el nuestro atraviesa el Bravo para ir á atacar al enemigo, emplea en ello veinticuatro horas por tener que hacerlo en dos chalanes, y da tiempo á Taylor para emprender movimientos y elegir posiciones: cuando regresa derrotado, se abogan multitud de soldados por la misma carencia de barcas: en Palo Alto no hay un solo médico ni un miserable botiquín para atender á los heridos: en Matamoros quedan abandonados equipajes, parque y cañones por falta de carros y de tiradores ».





General Ampudia.

III

MONTERREY

La noticia de nuestros desastres se esparció con pasmosa rapidez por todos los ámbitos de la República, produciendo una inmensa sensación de estupor. Había en todos la firme esperanza de un triunfo seguro; se creía que nuestro ejército saldría victorioso en todos los choques contra el enemigo, que lo iríamos haciendo retroceder hacia sus centros del Norte, y aun hubo optimistas que creyeron que pronto ondearía nuestro tricolor pabellón sobre el palacio de Washington.

Era que por una parte reinaba una estúpida ignorancia acerca del ejército americano, de sus elementos de guerra, de su organización administrativa y táctica y su aptitud para el combate, del temple de sus soldados y de la inteligencia ó instrucción militar de sus jefes, y por otra parte, teníamos un desmedido orgullo nacional, creíamos que nuestro ejército era invencible, estábamos engreídos con los triunfos de la independencia, y que, habiendo vencido á España ante la que se estrelló el primer ejército del mundo, tendríamos que triunfar del ejército yankee, al que se imaginaba